Biografía de lo que no importa

Sonia Beltrán

BIOGRAFÍA DE LO QUE NO IMPORTA

Sonia Beltrán

avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Sonia Beltrán, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-41-2
THEMA: FBA - ADSE-ES-JA - FXS
DEPÓSITO LEGAL: M-15432-2026

Para Juanito, mi hermano.
Porque este libro también le pertenece.

Prólogo

Era una adolescente a la que le gustaba escaparse a escribir en el claustro donde están los jardines del Antic Hospital de la Santa Creu, en la calle Hospital de Barcelona. Desde hace años, son la sede de las bibliotecas de Sant Pau y la Santa Creu, y de los Jardines Rubió y Lluch; pero para nosotros, entonces, no tenían nombre oficial, les decíamos simplemente los jardinillos.

Eran los años noventa y, por la tarde, en invierno, aquel lugar se volvía aún más silencioso de lo habitual. Aunque siempre había algo de movimiento, yo lograba abstraerme. Me bastaba con sentarme en el borde de piedra que daba al patio interior, entre los arcos antiguos y las sombras, para sentirme completamente sola.

Lo vivía como un refugio secreto, como si ese rincón, en medio de todo, me perteneciera solo a mí. A mi alrededor, los árboles y los naranjos llenaban el aire con su presencia. Frente a las hojas de mi cuaderno, las varillas del reloj se detenían. Escribía pensamientos, pero, sobre todo, inventaba historias felices. Mis protagonistas eran adolescentes como yo, pero con vidas perfectas, familias perfectas, amores correspondidos, casas bonitas y futuros llenos de oportunidades. Todo lo que yo no era ni tenía. Porque yo no tenía una familia estable, ni amor, ni certezas, solo tenía imaginación.

Elegía ese lugar porque me inspiraba, pero también porque me permitía observar sin ser observada. Me quedaba hipnotizada mirando cómo la luz caía sobre la cruz de piedra del centro de los jardines o cómo las ramas se movían despacio con el aire.

A veces venía a hacerme compañía un gato callejero al que acabé llamando Hook, porque era tuerto. Atigrado, con ese aire sabio y tranquilo que tienen algunos animales. Muchas tardes se sentaba a mi lado, como si estuviera leyendo conmigo, y yo, como siempre, le dejaba un trocito de mi bocadillo. Me gustaba pensar que él también tenía su historia, una de esas que nadie cuenta, como las mías.

Y mientras él venía y se iba cuando quería, yo seguía yendo allí a escondidas.

Mentía a mis amistades para poder ir. Inventaba excusas absurdas, visitas a tías inexistentes, compromisos con primos que no veía nunca, solo para no cargar con la etiqueta de la rarita. Aunque, en el fondo, lo admito, me creía mejor, más culta por leer, más refinada por buscar lugares melancólicos para escribir, más especial por preferir ese silencio histórico a las tardes en la plazoleta con mis amistades del barrio, sentados en los capós de los coches, comiendo pipas y cantando canciones de Camela.

La verdad es que era una imbécil, una niñata que se escapaba porque se sentía sola, incluso acompañada. Y no tenía la madurez para ver que lo que me molestaba de ellos y ellas era su capacidad de ser felices con tan poco. Los envidiaba, no necesitaban inventarse vidas en un papel para sentirse alguien, yo sí.

Aquella adolescente creció y, con el tiempo, dejó de escribir para validarse. Si hoy vuelve a hacerlo, es solo para contar historias.

Historias de quienes no serán especiales según ningún estándar. Personas sin méritos que resalten, sin triunfos que brillen a ojos del clasismo, ni social ni académico. Gente invisible para los catálogos del éxito. Historias que el mediocre desdeñará, convencido de que no merecen ser contadas.

Me indignan los argumentos fáciles. Frases como «*haber estudiado*», lanzadas como si fueran una explicación suficiente, se usan como sentencias morales. Se dicen como reproche, sin mirar a quién hay delante, como si todos hubieran partido del mismo lugar. Sin preguntarse de dónde viene esa persona, qué tuvo que sostener, qué puertas se le cerraron antes siquiera de poder intentarlo. Son razonamientos que justifican el desprecio, que convierten la desigualdad en algo aceptable y que niegan valor a las vidas sencillas, como si ser un «simple» currante fuera un fracaso. Es una forma de juzgar que transforma la desigualdad en culpa individual.

Lo más triste es que muchos de esos argumentos que hoy me indignan, que me llevan a rebelarme, fueron asumidos por quienes los sufrían. Acababan creyéndoselos, interiorizaban esa jerarquía, y lo aceptaban hasta el punto de considerar superiores a quienes los despreciaban. Veíamos la vida desde abajo, sin tener en cuenta que muchas de esas personas «admiradas» llevaban una existencia limitada. No sabían lo que era luchar por salir adelante sin ayuda, sin red, sin apoyo familiar, sin nadie que te empujara.

Veníamos de unos años difíciles, en los que la droga rompió muchas familias en barrios humildes. En los años ochenta, la heroína se llevó por delante a hermanos, padres, vecinas, amigos... Y a muchas personas de esa generación nos tocó, nos marcó y aprendimos a sobrevivir.

Queríamos mezclarnos con la gente «importante». Quien tenía una carrera era como si fuera Dios, quien hablaba idiomas era como si tuviera el mundo en las manos. Y nos olvidamos de que muchos de ellos no sabían hablar nuestro idioma. Un idioma que no se enseña en ninguna academia, que no se escribe, que no tiene un diccionario propio… pero que puede contar lo esencial, lo que se sobrevive, lo que se intuye, lo que se siente sin filtros.

Un idioma hecho de silencios en casa, de gritos en la escalera, de cenas que a veces no llegan, de trabajos que no suman currículo, pero forjan carácter. Un idioma que no cotiza en el mercado, pero que debería valer oro. Y ese idioma, hoy, también merece ser contado.

Porque todo eso no nos invalidaba para seguir avanzando. Podíamos estudiar, crear, levantar proyectos, montar negocios como fuera posible y, dentro de nuestras posibilidades, podíamos seguir adelante. Y si alguna vez logramos triunfar, lo único que nunca debíamos permitirnos era perder el foco de quiénes éramos y caer, como tantos otros, en ese mismo desprecio que alguna vez sentimos sobre nosotros mismos.

Capítulo 1 – Sofía

Sofía nació sin madre. La mujer que la trajo al mundo apenas tenía veinte años. Era guapísima, de una belleza casi insultante. En su cara convivía la fuerza y los rasgos de la mujer andaluza, y en su cuerpo, heredado de la sangre brasileña de su madre, una sensualidad natural de un cuerpo de curvas cálidas. Era una morena de esas que llaman la atención incluso cuando están cansadas. Vivía instalada en una adolescencia prolongada, incapaz de asumir responsabilidades adultas, como si crecer fuera una amenaza más que un paso natural.

Había conocido al padre de Sofía en el mundo de la noche, cuando trabajaba como gogó en un local de Barcelona. Aquel entorno —las madrugadas, el alcohol, la cocaína— no fue un desliz, sino un refugio contra la exigencia de crecer; allí encontró un entorno donde el tiempo parecía no avanzar. Él era algo mayor, había estado en la Legión, y entre los dos compartían una forma de huir: noches largas, excesos compartidos, ninguna pregunta sobre el mañana.

Sofía fue un accidente. Cuando nació la niña, ella no se sintió capaz de criarla. No porque dudara, sino porque la idea misma de hacerlo le resultaba insoportable. No podía sostenerla en brazos ni mirarla sin sentir rechazo, como si aquella bebé le devolviera un reflejo nítido de todo lo que no había sabido —o querido— ser.

Su padre tampoco supo hacerse cargo. Vivía atrapado en el mismo laberinto de dependencias, un territorio confuso que compartía con la mujer que lo convirtió en padre —si es que ser padre puede reducirse únicamente al acto de engendrar—. Incapaz de asumir ninguna responsabilidad, dejó que otros decidieran por él, como había hecho siempre.

Con apenas tres días de vida, Sofía fue colocada en los brazos de su abuela paterna. La recibió a la salida del hospital con una mezcla de ternura y compasión, apretándola contra el pecho como si quisiera protegerla de algo que todavía no sabía nombrar. No hubo celebración ni palabras grandilocuentes, pero sí un gesto lleno de cuidado, de esos que nacen más de la lástima que del entusiasmo, y del amor de quien entiende que esa criatura llegaba al mundo ya herida, cargando con una historia que no le pertenecía.

Desde ese instante, la niña se convirtió en el centro de un amor espontáneo. Nació pequeñita, con poco peso para el tiempo que le correspondía, pero con más mofletes que cara y unos ojos enormes, siempre muy abiertos, como si ya entonces intentaran mirar más allá de las sombras con las que se llega al mundo. Las enfermeras decían que, a pesar de ser tan pequeña, era la niña más bonita que había nacido ese mes en el hospital.

El abuelo la arropaba con ternura. La abuela y él se miraban, sin palabras, y ambos sabían que sus vidas acababan de tomar un nuevo rumbo. Eran ya mayores, con los años de trabajo dejados atrás, y el anhelo de un merecido descanso. Pero ese hijo no les dio tregua, la sombra de su adicción les robó la paz. Sin embargo, allí estaba Sofía, una criatura frágil y delicada, creciendo entre las ruinas de una historia que no había elegido.

Los abuelos vivieron la misma historia por segunda vez. Dos años después de Sofía, nació un niño. Pero esta vez fue aún

más duro, el bebé llegó al mundo amoratado, con los pies torcidos y un ojo dañado. Con el tiempo se dijeron muchas cosas. Algunos contaban que habían visto a la madre, colocada, darse golpes en la barriga, que bebía sin medida mientras el embarazo avanzaba. Y hubo quien aseguró que el niño había nacido así por eso. Nadie podía afirmarlo con certeza, pero era lo que se comentaba, lo que quedó flotando alrededor de su nacimiento.

Cuando los abuelos lo recogieron, comenzaron entonces largas noches de cuidados caseros, entre compresas de manzanilla para el ojo y masajes constantes en los pies deformes.

Para una familia humilde como la suya, afrontar los gastos médicos fue una carga pesada. Aunque podían recurrir a la Seguridad Social, los abuelos invirtieron lo que no tenían para llevar al pequeño al prestigioso doctor Barraquer, especialista en visión. Era un lujo impensable, pero el cariño y el sentido de responsabilidad pudieron más que el miedo a las facturas imposibles.

El niño salió adelante y, casi de forma milagrosa, no arrastró grandes secuelas físicas, más allá de un ojo con el que no veía bien. Por lo demás, creció con un desarrollo cognitivo normal, como cualquier otro niño.

Mientras tanto, Sofía seguía creciendo en otro lugar de la casa y de la historia. Cuando llegó la etapa escolar, las cosas no fueron precisamente fáciles para ella, los niños y niñas repetían lo que oían en casa, decían que era hija del borracho y que su madre era puta. No lo decían siempre a la cara; a veces era en susurros al pasar, otras en risas que se apagaban cuando ella se giraba. Sofía aprendió pronto a reconocer esas miradas, a bajar la cabeza, a hacerse pequeña. Hizo lo peor que podía hacer: mostrarse débil. Además, como si no fuera suficiente, Sofía era

gordita, más que las niñas de su clase. Se reían de ella diciendo que su abuela la alimentaba a base de tocino para engordarla. Cada vez que levantaba la mano para hablar en clase, algunos compañeros la interrumpían haciendo *muuu*, imitando el mugido de una vaca. A veces los expulsaban de clase, pero para ellos valía la pena ese momento de burla, las risas que generaban en el aula compensaban cualquier castigo.

La crueldad de sus compañeros y compañeras era tremenda, pero casi peor era la de algunas madres, que jamás la invitaron a un cumpleaños y no veían con buenos ojos que sus hijos se relacionaran con una niña «de mala familia».

Aquella exclusión dolía. Aunque Sofía tenía un refugio poderoso, su imaginación. Gracias a su capacidad para evadir y construir un mundo interior lleno de fantasía, logró atravesar aquellos años escolares, marcados por la incomprensión, sin romperse del todo. El acoso escolar le dejó secuelas, sí; pero menores comparadas con las de otros pequeños y pequeñas que, ante una situación similar, ven sus vidas destrozadas y su futuro profundamente marcado.

Sofía tenía una mejor amiga, Consuelo, otra «rarita», como decían entonces. Hija de una madre separada y de un padre ausente al que nadie recordaba ya. Pasaban las tardes en casa de una o de otra, viendo los dibujos animados del momento e intentando imitar las coreografías imposibles de *Dirty Dancing*. Improvisaban pasos, giros y hasta el salto final, aunque casi siempre terminaban en el suelo, entre cojines tirados y ataques de risa.

En ocasiones, cambiaban el baile por «las gomas», las ataban entre las patas de dos sillas con libros y enciclopedias encima para que no se movieran, y allí se pasaban horas saltando. La

pobre Milagros, la vecina del primero, sabía muy bien cuándo aquellas niñas estaban en casa, pero jamás dijo nada. Quizás ayudaba el hecho de que tenía algo de sordera…. o, quizás, simplemente era buena persona.

El abuelo, paciente, les preparaba bocadillos de nocilla y, de paso, intentaba convencerlas: «¿Y si mejor pintáis un rato? Algo más tranquilito». Pero no había manera. Las niñas cuando estaban juntas eran pura ebullición. En ese comedor, entre series japonesas, voces desafinadas y nocilla pegada a los dedos, solo importaba ser niñas. Ninguna se planteaba un futuro, el tiempo no tenía forma ni urgencia.

Aunque no todas las tardes en casa eran idílicas. Su padre aparecía de vez en cuando y, cuando lo hacía, a menudo venía borracho. El yayo reaccionaba siempre de la misma manera, llevaba a Sofía y a su hermano a la habitación, encendía la televisión y cerraba la puerta para que no presenciaran la escena. Sofía, sin embargo, se quedaba con la oreja pegada a la madera, escuchando. Pero lo que de verdad la desgarraba no eran los gritos. Era el llanto de la yaya. Un llanto contenido, cansado, que no pedía nada ni se defendía. Ese sonido le atravesaba el pecho de otra manera, más hondo y más duradero que cualquier grito. Le dolía más que cualquier insulto de los que escuchaba, porque intuía —aunque aún no supiera ponerle palabras— que allí no había rabia, sino la derrota de quien lo había intentado todo y, aun así, había visto torcerse a su propio hijo. Sofía, quieta, con la oreja pegada a la puerta y los puños apretados, deseando ser mayor para poder hacer algo, lo que fuera, para que aquel llanto parara.

Pero incluso en medio de esa infancia irregular, Sofía, en su entorno empezaba a destacar. Tenía algo especial, cantaba a todas horas, con una voz que muchos calificaban de prodigiosa. Era una niña artista. Inventaba melodías sin saber muy bien de dónde salían y cantaba en el coro del colegio, donde llegó a ser solista. Pero lejos de ayudarla a destacar en el buen sentido, aquello le generó todavía más antipatías entre las otras niñas. Su voz, su presencia en los actos, el hecho de ser señalada —aunque fuera por algo hermoso— la volvió más visible; y en un entorno que ya la había marcado para mal, destacar no era un premio, sino otra forma de quedar expuesta. Soñaba con tocar el piano, pero nunca pudo dar clases de música ni de solfeo; los recursos no alcanzaban para eso. La música quedó en un deseo sin salida y la escritura ocupó ese lugar. Escribía con soltura, con sensibilidad, como si fuera algo natural. En su mente surgían historias que necesitaba llevar al papel, y lo hacía sin esfuerzo, llenando cuadernos enteros de relatos y cuentos que se acumulaban sin que nadie, ni ella misma, les dieran importancia.

Pero, a pesar de las burlas y la dureza de algunos compañeros, era buena estudiante; no por obligación, sino porque de verdad le gustaba aprender.

En la escuela encontraba algo que le reconfortaba. Aunque no encajaba con los demás, se sentía segura en aquel recinto tranquilo, bajo la mirada serena de las monjas carmelitas de Vedruna. Su abuelo, republicano y de izquierdas convencido, había decidido llevar a sus nietos a un colegio católico. Quería para ellos la mejor educación posible, y ese centro, aunque ideológicamente alejado de sus convicciones, cumplía con lo que él consideraba imprescindible: orden, disciplina, pero también calidad humana.

Las monjas, de orden misionero, eran mujeres sencillas y generosas. Sabían bien la historia de Sofía y, quizá por eso, la miraban con un poco más de ternura. Le daban tareas especiales; la hacían sentir valiosa.

Entre esos muros blancos de la antigua casa de huérfanos del barrio, donde se mezclaban los libros y los cantos litúrgicos, Sofía encontró un respiro. No le enseñaron solo a rezar, le enseñaron que su voz valía.

Entre los pupitres del colegio y las tardes de dibujos animados, Sofía fue creciendo. Su mundo seguía siendo frágil, pero ella aprendía a llenarlo de canciones y palabras propias. No tenía mucho, pero tenía voz y tenía historias. A veces, cuando se quedaba sola en casa, abría el cajón donde guardaba sus libretas. En una escribía letras de canciones; en otra, contaba historias que no se atrevía a leer en voz alta.

Soñaba con escenarios, con micrófonos de verdad, con un futuro. Quería ser como las estrellas de las revistas musicales que veía en los quioscos, vivir de la música, brillar bajo los focos. En su imaginación, ella también salía en portada, con el pelo suelto y el micrófono en la mano. Cada mes, el abuelo le compraba la *Super Pop*. Sofía llenaba su habitación con los posters de la revista y forraba la carpeta con pegatinas de sus cantantes favoritos, Bon Jovi, Alejandro Sanz... A pesar de sus circunstancias era una niña normal.

Sus gustos musicales eran tan variopintos como su vida. Criada con sus abuelos, en casa sonaban boleros y copla, y ella los adoraba. Se sabía buena parte del cancionero de la España en blanco y negro, pero también le gustaba el *rock*. Con la paga de la semana, a veces se compraba casetes de artistas que había

visto en la tele o escuchaba en la radio. Así conoció a Queen y se enamoró musicalmente de Freddie Mercury, incluso con un diccionario inglés-español, traducía las canciones para entender lo que decían. Le fascinaba imaginarse sobre un escenario como él, con la voz llena de fuerza y el alma expuesta al mundo.

A veces, en el colegio, se perdía en ese pensamiento mientras bajaba las escaleras o caminaba por el patio. Fue en una de esas tardes cualquiera cuando, bajando las escaleras del colegio con la mochila colgando de un solo hombro, la hermana Isabel la llamó desde la puerta del despacho.

Tenía una expresión seria, casi con lágrimas en los ojos.

—Sofía, ven un momento, es algo importante.

Sofía se detuvo, la miró con curiosidad y un poco de miedo. La Hermana Isabel era una mujer adorable, aunque bastaba que la situación exigiera seriedad para que su expresión se endureciera. Sofía intuyó que algo pasaba, apretó fuerte las correas de la mochila, como si ese gesto la ayudara a mantenerse en pie y se dispuso a escucharla. No sabía que esa noticia iba a cambiarlo todo. O quizás sí lo sabía...

Capítulo 2- Tito

Tito era un torbellino. Un niño inquieto, nervioso, siempre al borde del estallido. Su hermana decía que era un histérico insoportable. Y puede que tuviera razón, nunca se estaba quieto, ni un segundo. Supongo que por eso estaba tan delgado, quemaba energía incluso mientras dormía.

Uno de los mayores desafíos de su infancia era sostener el parche en el ojo. Se lo arrancaba a la mínima, con rabia o aburrimiento, y eso desataba las broncas de la yaya. Ella, paciente pero firme, le volvía a colocar el parche una y otra vez. No era fácil criarlo, tampoco fácil quererlo todo el tiempo. Era movido e inquieto, rozando lo incontrolable, quejica y rebelde, pero tenía una chispa que lo salvaba: una mirada pícara, un comentario fuera de lugar o una carcajada capaz de desarmar incluso al abuelo.

Tito era, en muchos sentidos, lo opuesto a su hermana. A diferencia de ella que era una aplicada estudiante, él se pasaba las horas de clase mirando las musarañas, y más de una vez lo echaban del aula por hablar o reírse en momentos en que debía estar en silencio.

Vivía por y para el fútbol. Era del Barça a morir. Tenía el balón siempre pegado a los pies, como si formara parte de su cuerpo. Lo llevaba al colegio, al súper, al parque, incluso al